

CUBA EN LA CEPAL

DISCURSO DE CARLOS RAFAEL RODRIGUEZ, VICEPRIMER MINISTRO DEL GOBIERNO REVOLUCIONARIO DE CUBA, PRONUNCIADO EN LA XV REUNION DE LA CEPAL CELEBRADA EN QUITO, MARZO DE 1973

Señor Presidente y
Señores Delegados:

Se nos ha invitado a examinar los primeros años de la aplicación de la Estrategia para el Desarrollo adoptada con vistas al Segundo Decenio por la Asamblea General de Naciones Unidas.

Como se sabe, fue Cuba uno de los pocos países que expresó reservas al adoptarse aquel documento.

Nos preocupaba, y lo consignamos entonces, que a los pueblos a los que estaba dirigida esa apelación no se les explicara cómo el incremento del 6% que se proponía por meta para el Segundo Decenio no bastaba para situar en la vía hacia el desarrollo a los países a quienes un largo dominio colonial o neocolonial han impuesto el subdesarrollo y no se señalara que aún de lograrse estas tasas de crecimiento, el foso que divide a los países atrasados de aquellos otros que lograron industrializarse se iba a hacer mayor.

Pero lo que nos impedía suscribir a plenitud el documento en todas sus partes era su carácter declarativo, que estimulaba la falsa idea de que todos los gobiernos firmantes —incluyendo el de esos Estados Unidos que tanto han contribuido a perpetuar y ahondar el subdesarrollo y que mostraban entonces

sus intenciones reales al devastar sistemática y brutalmente Viet-Nam, estaban igualmente interesados en aquel proceso idílico que se proponía para el Segundo Decenio.

Cuba señaló en esa ocasión que la posibilidad del desarrollo implicaba grandes luchas revolucionarias como único modo de lograr los cambios de estructura que son su prerrequisito insoslayable. Asimismo, estábamos convencidos de que no podría iniciarse aquel camino sino a través de un constante forcejeo, mejor, un duro combate, contra el imperialismo y sus consorcios transnacionales.

En América Latina esto significaba, sin lugar a duda, disponerse durante el Segundo Decenio a una pelea que en el Primero había sido mellada por las esperanzas surgidas en torno a la "Alianza para el Progreso" y por prevalecer en el área gobiernos de entrega y de imposición sangrienta contra los pueblos que reclamaban transformaciones nacionales y sociales imperativas.

No es con alegría que registramos hoy la certeza de aquel pronóstico, que entonces culminábamos al prevenir que la frustración del Primer Decenio sería para las masas la exasperación en el Segundo.

Y, en efecto, el documento que nos presenta la Secretaría de la CEPAL reitera la descripción de un panorama regional, que más de una vez hemos calificado de sombrío.

Lo que resulta más indicativo, sin embargo, es que cualquiera que sea el punto de partida que se adopte para analizar las cifras y datos que tenemos ante nosotros, y no importa las distinciones e ideología con que se las enfoque, hay una conclusión inexorable: para que América Latina en su conjunto, y cada uno de sus países aisladamente, logre los objetivos del verdadero desarrollo, tendrán que ser alteradas profundamente tanto las estructuras socio-económicas internas como las condiciones externas del proceso y —en particular— las relaciones entre América Latina y el centro externo en el que se encuentra el origen principal de su subdesarrollo histórico y el obstáculo mayor, en estos días, a su ya inaplazable desarrollo: los Estados Unidos.

Este primer intento de evaluación nos indica, según el informe de CEPAL, que las circunstancias que condujeron a que la "frustración" y "decepción", signos admitidos del fracaso en el Primer Decenio, —y que fueran para la América Latina aún más lacerantes que para otras áreas— continúan presentes en escala continental. Y, aunque según las apariencias unos cuantos países latinoamericanos experimentan cambios favorables en este proceso inicial del Segundo Decenio, contra lo que

algunos piensan, no es ese pequeño número de países —seis, según las cifras— que aparecen con crecimiento en el producto bruto y en otros indicadores macroeconómicos que sobrepasan o se acercan a los objetivos propuestos en Naciones Unidas sobre la estrategia del desarrollo, los que pueden escapar en nuestro continente al destino ominoso de los pueblos subdesarrollados. Por el contrario, según tendremos la ocasión de mostrar, la mayor parte de estas cifras encubren una profundización aún mayor de las causas que mantienen y mantendrán aquellos países sin desarrollarse.

En cambio, otros pueblos del área que servirían de ejemplo de estancamiento o aún de crisis, si el desarrollo fuera a medirse por tales índices globales de mero crecimiento cuantitativo —tal es el caso de Chile, para poner la muestra más notoria— han emprendido en este período bajo examen, la única vía, en el sentido económico y social que les garantizará el porvenir desarrollado.

A los suspicaces que imaginan que Cuba se aferra a esta desestimación del mero crecimiento cuantitativo porque su economía no ha logrado saltos espectaculares en ese aspecto, quisiera desengañarlos muy pronto.

Desde hace años, en estas reuniones de la Comisión Económica para América Latina y en otros foros latinoamericanos, hemos venido reseñando paso a paso, con balance descarnado y fiel de aciertos y errores, los esfuerzos del pueblo cubano y su Dirección revolucionaria para aplicar la única estrategia del desarrollo que estimamos acertada. Pronosticamos más de una vez que todos aquellos cambios de la estructura socio-económica, aquellas inversiones que suponían tasas de acumulación entre el 27 y 31 por ciento, aquellos sacrificios y privaciones con que el pueblo cubano respaldaba esa estrategia, iban a cristalizar en un plazo histórico relativamente breve, en otro tipo de CRECIMIENTO en que los indicadores globales serían YA la expresión de un rumbo seguro hacia el desarrollo.

Pues bien, podemos decir hoy que ese momento ha comenzado y que para Cuba los años de 1972 y 1973 son momentos económicos en que el crecimiento de ciertas producciones y las altas tasas que se logran en los cambios del producto bruto no reflejan circunstancias accidentales de la economía, sino los síntomas primeros de aquella cristalización que durante estos años pronosticáramos y que, a partir de 1975, tendrá todavía expresiones más seguras y definitivas.

Pero aplacemos las informaciones sobre Cuba para el momento adecuado.

Lo que importa subrayar ahora es que el análisis científico

de la economía de América Latina hecho, por la Secretaría de CEPAL, y el complemento certero que de ese Estudio hiciera la Reunión de Expertos de Alto Nivel en su encuentro reciente de Santiago de Chile, nos repiten el conocido cuadro latinoamericano de estancamiento o regresión económica, con su secuela de desempleo, analfabetismo, desnutrición, que nos es ya tan desoladoramente familiar en estos encuentros.

De tal modo es invariable esta trágica situación, que para enjuiciarla la Delegación de Cuba sólo tendría que repetir los términos del estudio de "América Latina y el Segundo Decenio de Naciones Unidas para el Desarrollo", que presentamos a la XIV Reunión de CEPAL. Las tesis que allí ofrecimos son válidas para el conjunto, pero lo son todavía más para los casos en que parecen producirse excepciones por la vía de un crecimiento en las cifras del producto bruto y de algunas producciones industriales que crean espejismos que conviene disipar.

Nos satisface, Señor Presidente y Señores Delegados, encontrar en el consenso al que arribaron los expertos de alto nivel un reconocimiento explícito de la necesaria diferencia entre "crecimiento" y "desarrollo". Esta tesis la mantiene Cuba en todos los documentos que presentó a CEPAL. Podría decir que el examen de la economía de mi patria realizado como militante revolucionario más que como estudioso de la Economía, nos permitió figurar entre los primeros que señalaron esa diferencia hace ya veinte años. Y lo que ocurrió en Cuba en los días de la Primera Guerra Mundial, lo vemos repetido ahora en Brasil o en México, bajo nuevas circunstancias. Tuvimos los cubanos hace cinco décadas crecimientos aún más espectaculares que los que esos países nos exhiben en los años recientes. Pero no nos desarrollamos. Por el contrario, lo que ocasionaron las inversiones norteamericanas que determinaban esos saltos en el producto bruto fue una deformación estructural de nuestra economía que ha hecho más difícil, en esta hora de hondos cambios revolucionarios, construir la economía que Cuba requiere para avanzar.

Esa es la experiencia —avalada ahora del análisis científico— que quisiéramos transmitir. Entiéndase que no pretendemos dar lecciones con arrogancia. Si mencionamos específicamente a determinados países, no es tampoco con ánimo polémico. Se percibe ya que México, después que su burguesía industrial vivió el "momento" estelar de sus esperanzas en la asociación comprometedora con los consorcios norteamericanos, advierte que esa no es la solución, no para sus masas retrasadas, ni siquiera para los propios empresarios que abandonaron en la última década la tradición nacionalista de Juárez y

Zapata, que Lázaro Cárdenas culminó con su rescate del petróleo. En la posición política internacional que el Presidente Echeverría ha situado a México, una posición que despierta el interés de tantos, se trasunta ya esa toma de conciencia.

Ningún país latinoamericano puede salvarse ni progresar con la mano ocupada por un falso gesto de amistad del enemigo vecino, de espaldas a la comunidad en que "juntos hemos de salvarnos o juntos vamos a perecer", como dijera Martí en las Antillas en su día.

En lo que respecta al Brasil, si expresamos aquí nuestra disidencia con el llamado "modelo brasileño de desarrollo", no es como parte de la contienda ideológica y política que mantenemos con su Gobierno. No rehuímos esa controversia, y estaríamos dispuestos a reanudarla aún en esta tribuna si fuera preciso, pues se trata de posiciones políticas inconciliables. Pero concurrimos a este foro para encontrar los posibles y diversos caminos de América Latina hacia el desarrollo, y es sólo en ese contexto en que nos interesa reiterar que los crecimientos económicos que en tales países se presentan como un progreso hacia su desarrollo, no ofrecen, sin embargo, esa garantía.

Para nosotros el desarrollo implica que el incremento económico se realice no en cualquier sector o rama, sino precisamente en aquellos sectores o ramas que resultan claves para garantizar el progreso global y armónico de crecimiento autosostenido. El desarrollo, además, no puede depender únicamente de las condiciones externas. Supone, a la vez, la capacidad de la economía para resolver, durante el mismo proceso y sobre todo, al cristalizar éste, los problemas sociales básicos del cuerpo nacional: empleo, salud, viviendas, educación, ocio creativo... El crecimiento que se traduce en descapitalización, incremento de las importaciones no productivas, desempleo y concentración aún mayor del ingreso, no conduce al desarrollo, aunque venga acompañado de mejorías marginales en la salud pública y la educación de los sectores más atrasados.



Bien sabemos, Señor Presidente y Señores Delegados que no son esos atributos reales del desarrollo lo que caracteriza y acompaña ciertos fenómenos de crecimiento que han tenido lugar en ese número reducido de países americanos en que aparecen cumplidos, para esta primera evaluación, los objetivos macroeconómicos del Segundo Decenio.

Es notorio que la cifra en que se registra una notable industrialización, por ejemplo en Brasil, coincide con datos aún

más impresionantes sobre la desigual distribución del ingreso en ese país que nos muestran que aquella no sólo se mantiene, sino que se agrava.

El informe que manejamos para esta sesión revela que mientras el 5% de la población, es decir, la oligarquía privilegiada y los inversionistas extranjeros gastan el 43% del ingreso —más del doble que sus similares de Estados Unidos y casi el doble que los que concentran las 200 grandes familias en Francia—, el 20 por ciento de los habitantes, o sea, varias decenas de millones, tienen que conformarse con distribuirse entre sí menos del 3% del ingreso nacional. Otros 30% de los pobladores recibe el 9% del ingreso total. Para un país en que el Producto Interno per cápita es sólo de 386 dólares, tales indicadores son decisivos. O sea que, cuando este tipo de países parece CRECER como en estos años, no crece para sus ciudadanos.

El mismo informe revela cómo entre 1960 y 1970 la proporción del ingreso total recibido por el 80% de los que tienen los ingresos más bajos decayó marcadamente... mientras el 5% de ingresos superiores que disfrutaba del 32% del ingreso nacional en 1960, pasaba a controlar el 43 por ciento en 1970.

Es notorio que, en los países que crecen de esa manera, no se ha atenuado en lo absoluto, sino por el contrario se agravan, la tasa de desempleo, el índice de desnutrición, y otros indicadores sociales. Y aunque hay aspectos en que no existe una correlación forzosa entre el ingreso per cápita y los servicios que se reciben, porque el Estado asume atenciones en campos como los de salud y educación, el progreso que se experimenta en tales ramas no se corresponde con los altos índices globales de sus economías.

No es extraño que el crecimiento industrial vaya acompañado, en el modelo que impugnamos, de esas derivaciones negativas. Es más, se basa precisamente en ellas.

El Ministro de Hacienda de un país latinoamericano que se menciona como ejemplo de este tan exaltado modelo, propaga hace poco una medida destinada a autorizar la importación libre de impuestos, de conjuntos industriales completos, siempre que la producción de los mismos sea destinada ESENCIALMENTE a la exportación. Pero no era tan sólo fiscal el incentivo que se ofrecía a los inversionistas. Además de la fácil retirada de las ganancias y amortizaciones, en la lista de estímulos se mencionaban también como atracción para el capital extranjero la "mano de obra barata".

Es así como, a través de la incorporación de capitales que vienen en busca de fácil lucro, se genera ese aumento de las diferencias entre los niveles de bajos y altos ingresos. Se trata,

como vemos, de una forma de crecimiento que contradice el desarrollo. En los principales países en que ese modelo produce supuestos éxitos temporales, se ofrece a menudo la circunstancia de que mientras el ingreso per cápita sube, el salario industrial promedio baja, lo que refleja la distribución cada día más desigual de los ingresos y su concentración en un solo estrato de la sociedad. Así, las estadísticas oficiales de la ciudad de Sao Paulo muestran que mientras el producto industrial bruto por habitante crecía en un 27% entre 1964 y 1971 el salario mínimo había descendido, entre ambas fechas, casi en un 30 por ciento.

Los partidarios de esa estrategia le atribuyen sin embargo, un doble efecto que consideran salvador. Aunque al concentrar en determinados centros el crecimiento, se mantenga temporalmente el resto del país en un retraso que implica desigualdades insoportables aún dentro de las capas de bajo ingreso, con ello —dicen— el país va generando fuentes de acumulación que podrá emplear, más tarde, en la modernización de otras áreas retrasadas. Así, se sostiene, esos centros de hoy funcionarán como POLOS de desarrollo que irradiarán, en el futuro inmediato, progreso económico.

Los resultados del Primer Decenio y esta evaluación inicial del Segundo, nos revelan el fracaso de esas tesis. La forma de financiamiento que prevalece a través de los consorcios transnacionales o de los préstamos bancarios con alto interés produce resultados cada vez más depresivos para las economías latinoamericanas según, registra fielmente el Informe de CEPAL.

Se nos muestra que el aporte neto de los préstamos que América Latina recibe se reduce, después de pagar amortizaciones e intereses, al 17% anual. Es decir que, como resultado del endeudamiento previo que sus propias formas de financiamiento han engendrado, pagamos 83 centavos de cada dólar nuevo recibido. Se comprende así mejor el drama permanente del subdesarrollo.

Por otra parte, los inversionistas a quienes se atrae con el estímulo de los bajos salarios, no vienen, por cierto, a promover el desarrollo continental. Calculan dónde la miseria nativa les producirá más rendimiento: si en Corea del Sur, en Hong-Kong, o en un país latinoamericano. Y deciden de acuerdo con esos cálculos.

Las cifras manejadas en el Informe de CEPAL (Capítulo V, cuadro 10, Página 189) son demasiado conocidas para que podamos sorprendernos. Ellos nos muestran que en cada uno de los períodos quinquenales entre 1950 y 1970 la salida de fondos al extranjero por concepto de utilidades ha sido muy superior

a las inversiones que ese mismo período se realizan. Totalizan en esos 20 años, más de 3.000 millones de dólares. Los bajos salarios sirven, así, no para crear acumulación con vistas al desarrollo sino para aumentar el capital con que las grandes compañías internacionales —en particular las norteamericanas— seguirán buscando nuevas oportunidades para explotar a otros países en los que también se les ofrezcan franquicias fiscales y bajos salarios. Mientras tanto, los rascacielos aumentan en algunas ciudades de América Latina, pero no aumentan las viviendas para trabajadores, sino las “villas miserias” y las “favelas”.

No hay que decir que para mantener a la clase obrera y a los pueblos sujetos de modo de forzarlos a aceptar ese sistema, hacen falta regímenes militares reaccionarios, cárceles, cuarteles cada vez mayores, crímenes y torturas más repugnantes.

Mientras tanto, el señor Kearns, Gerente del EXIMBANK, se dedica a elogiar el “excelente clima para las inversiones” que encuentra en ese tipo de países. Le encanta sobre todo, la “estabilidad” de que disfrutan, pues el señor Kearns visita las playas, los hoteles de lujo, pero pasa al margen de las ergástulas y los cementerios.

Todo lo que apuntamos, Señor Presidente y Señores Delegados, no constituye revelación alguna. Es demasiado conocido de este cónclave. Se le recuerda sólo para registrar la urgencia de adoptar el otro modelo, que parte de presupuestos bien disímiles.

El Consenso de Santiago ha destacado que los cambios de estructura son inevitables para poder desarrollar a la América Latina. Esos cambios entrañan en nuestra concepción alteraciones sustanciales en el sistema de propiedad, no sólo a través de reformas agrarias, sino mediante nacionalizaciones de los intereses extranjeros y de otros supuestamente “nacionales” que convierten lo que hace falta dedicar a la acumulación para el desarrollo en gastos suntuarios y fondos a invertir en otras explotaciones internacionales.

Se me dirá que Cuba postula otra vez la Revolución, y debo admitirlo. Pero añado que si se examina cuanto ha dicho sobre esto la Cuba revolucionaria y su líder Fidel Castro, desde las dos célebres Declaraciones de La Habana a la fecha, se verá cómo, lejos de considerar la vía armada como el único camino para esos cambios, Cuba admite alternativas posibles, aunque le reserva a la fuerza manejada por el pueblo un papel decisivo para el instante, anterior a las transformaciones revolucionarias o coincidente con las mismas, en que los detentadores de la riqueza y sus protectores yanquis decidan —como lo hicieron en

Cuba y no renuncian a realizarlo en Chile— oponerse con sus armas a esos cambios inesquivables.

Por otra parte, tampoco venimos, Señor Presidente y Señores Delegados, a postular la versión cubana del socialismo como el único modelo para el desarrollo latinoamericano. No sólo nuestra experiencia sino la de una vasta porción del Mundo, demuestran que ese socialismo basado en el pleno dominio de las fuerzas productivas por el Estado revolucionario es el más seguro y viable para las inmensas transformaciones que habrán de ser emprendidas. Pero, hemos expresado nuestro respeto hacia otros intentos no similares. Lo que sí no puede soslayarse es que para sacar del retraso a un país como cualquiera de los nuestros —y no hablemos ya de otras zonas del llamado Tercer Mundo— harán falta enormes sacrificios del pueblo. Sin ellos, el ritmo necesario al desarrollo no se conseguirá. Y para obtener la participación popular —como la que está en la base de las enormes movilizaciones que han permitido a la Revolución Cubana construir virtualmente un nuevo país— es preciso que ese pueblo sepa, por su propia experiencia diaria, que trabaja para sí y no para el 5% de los privilegiados.

Harto sabemos, Señor Presidente y Señores Delegados, que son muy pocos los que en esta reunión aceptarán estas tesis cubanas. La historia se impondrá, sin embargo, como lo ha hecho en otros aspectos de la vida latinoamericana. Confiamos en que habrá fuerzas en cada país —obreros, militares o religiosos— que se encargarán de esa faena histórica.

Mientras tanto, hay otros aspectos de la lucha por el desarrollo, también esenciales, que permiten y exigen la unidad en un empeño común aun de los que creen en la posibilidad de un desarrollo sin llegar a los profundos cambios sociales y los que postulamos tales cambios.

Cuba está convencida de que esas transformaciones estructurales, profundas, son una condición necesaria; pero, sin embargo, no las estima condición suficiente del desarrollo. (Esta frase, señores delegados, figuraba en mi intervención desde hace varios días, como lo saben los delegados cubanos. El sábado mismo, Don Raúl Prebisch hizo una formulación idéntica. No podemos menos que felicitarnos de esa coincidencia).

El Estudio de CEPAL, y la propia estrategia diseñada por la Asamblea General de Naciones Unidas han insistido en que los obstáculos externos pueden hacer fracasar cualquier esfuerzo nacional. Los programas para eliminar del Comercio Internacional las inequivalencias en el cambio y las rigideces arancelarias denunciadas por el llamado "Grupo de los 77" en las sucesivas conferencias de UNCTAD, siguen como hasta ahora in-

cumplidas. Además de ello, la América Latina experimenta en los mercados de la Comunidad Económica Europea las desventajas en que se encuentra respecto a las antiguas colonias de Asia y Africa, y —de otra parte— su antiguo centro continental, los Estados Unidos, lejos de mejorar las condiciones del comercio con el área las hace más rígidas —lanza al mercado sus excedentes agrícolas y metálicos— carga sobre América Latina una parte de la crisis del dólar y se niega a otorgar las preferencias generalizadas. La situación efectiva de la América Latina no luce, por ello, nada promisorio.

Todo esto implica, como al principio dijéramos, un largo forcejeo, una contradicción cada vez más intensa, formas complejas de resistir y gran capacidad de maniobra por los países latinoamericanos. Lo mismo ocurre en el terreno del financiamiento externo. Hemos suscrito hace tiempo la tesis de que aunque el desarrollo tiene como protagonista principal y cimiento al propio pueblo, los esfuerzos internos no bastan para obtener el crecimiento económico acelerado que hace falta adoptar si queremos aproximarnos a los niveles mundiales de civilización, cultura y bienestar.

La diferencia tiene que venir por los aportes del financiamiento exterior.

El informe que discutimos corrobora con sus datos los firmes postulados de Cuba sobre este proceso de financiamiento externo. Las inversiones privadas —que el señor Nixon quiere seguirnos imponiendo— lejos de ser instrumento de desarrollo, han sido factores permanentes del subdesarrollo. Hace falta, pues, eliminarlas de nuestros repertorios respectivos aunque, por razones temporales, algunos países se vean forzados a depender todavía, en parte, de ellas. La defensa mínima consiste, en este caso, en la adopción de normas como las que el Pacto Andino ha adoptado. Si bien por esta vía no se cancela el efecto nocivo de la penetración del capital extranjero, se impide que éste asuma el control de las compañías nacionales.

Pero lo más importante —y empiezan a verlo ya todos los países en desarrollo— es la lucha por imponer nuevas formas de financiamiento que, desde los documentos de la Asamblea General en torno a la Estrategia para el Desarrollo hasta los acuerdos de UNCTAD y CEPAL han insistido en recomendar. El Estudio nos recuerda, sin embargo, en ese terreno, que en los últimos años, mientras los países socialistas y del área escandinava se esfuerzan, lo mismo que en cierta medida lo hace Canadá, por mejorar las condiciones de ese financiamiento externo, otras grandes potencias económicas las empeoran. Aquí aparecen de nuevo los Estados Unidos como los sostenedores

más empeñados de la política inversionista de sus grandes corporaciones transnacionales, para imponer la cual reducen cada vez más sus transferencias financieras en términos concesionarios y sus llamados "donativos", que en la práctica no han sido sino una forma hipócrita de encajar excedentes de plantas y equipos en los tiempos difíciles para su realización normal.

Pero hay, Señor Presidente y Señores Delegados, otras dificultades al desarrollo que se refieren a estos mismos tópicos y que reclaman nuestra atención y nuestra acción. Chile constituye el ejemplo.

No se trata ya solamente de que un país poderoso incumpla sus deberes internacionales de contribuir financieramente al esfuerzo que por vencer el retraso realizan aquellos otros países en la explotación de los cuales durante un largo período histórico se ha basado el poderío económico presente en esos centros modernos del imperialismo. Además de negarse a eso que Cuba ha proclamado como restitución histórica que las colonias y neocolonias deben reclamar, en el caso de Chile —como antes en el bloqueo fracasado contra nuestro país y en el intento de aplicar al Perú la Enmienda Hickenlooper— los Estados Unidos han usado toda clase de recursos económicos y políticos para impedir que la nueva economía chilena, ahora verdaderamente nacional, salga adelante.

No pretendo sustituir a la Representación de Chile en esta denuncia. Todos, por lo demás, conocemos sus pormenores. En el fondo, no constituye una excepción sino una muestra.

¿Cómo alterar, pues, Señor Presidente y Señores Delegados, estos obstáculos externos al desarrollo? ¿Cómo lograr que las grandes potencias capitalistas, y en particular los Estados Unidos, renuncien a convertirse en gendarmes internacionales al servicio de sus compañías transnacionales, y —alterando su curso histórico— contribuyan a que se mejoren los términos de las inversiones?

Sostenemos, señores, que sería utópico pretender ese acto de generosidad espontánea de quienes se mueven en función de la organización social que representan y los determina, a veces más allá de sus propias intenciones personales. El imperialismo no se ha de suicidar.

Fue la negativa a transmitir a los pueblos en forma de declaración solemne esa utopía la que forzó a Cuba a expresar su reserva en torno a la estrategia internacional del desarrollo adoptada por la Asamblea de Naciones Unidas, que no recogía esas contradicciones entre la política económica de los grandes centros de poder capitalista ni señaló a los pueblos el modo de encararlas.

Nuestro país considera, repitámoslo, que para que se impongan en el terreno internacional, lo mismo en lo que concierne al comercio exterior que en lo que atañe al financiamiento, términos que mejoren las circunstancias actuales en que nuestros países se ven cada día más distantes del nivel internacional que la ciencia y la técnica permiten alcanzar a los países industrializados, hará falta todo un período de lucha. Y para Cuba hay una *CONDITIO SINE QUANON* en esa lucha: la unidad de aquellos que deseen ser fieles a la urgencia histórica de sus tierras.

No será tratando de obtener dádivas aisladas a cambio de sometimiento y compromisos como se obtendrá la victoria. No ha de ser, así como no lo fue en el pasado, repartiéndose la cuota azucarera de Cuba, sino con la denuncia de la agresión, como hemos de imponernos. Es preciso andar juntos. Pero para ello hay que estar de acuerdo en distinguir cuál es el enemigo principal.

Cuba revolucionaria y socialista, que no renuncia a serlo, proclamó en Chile, por la palabra de Fidel Castro, que el anti-imperialismo, es decir, el enfrentamiento del verdadero opresor, constituye la estrategia y la táctica de la Revolución en esta etapa latinoamericana.

Andamos del brazo de los que quieren vuelcos sociales en beneficio de sus pueblos hambreados y desvalidos. Ellos son nuestros amigos cercanos. Pero estamos dispuestos a unirnos con todos los que defienden en América un derecho nacional que el imperialismo pretenda desconocer. Antes de que Perú y Cuba restauraran oficialmente la amistad que sus pueblos nunca interrumpieron, Cuba apoyó el derecho peruano a rescatar el petróleo de Brea y Pariñas. Sin ponerle precio, nos asociamos con Panamá a su lucha por la soberanía y los derechos cana-leros. Bien se sabe que las tesis de Perú, Ecuador y Chile sobre los derechos de pesca en la zona marítima van contra nuestro interés como nación que con grandes sacrificios ha construido una industria pesquera durante los años revolucionarios, pero sin pensar en ese perjuicio, hemos respaldado la demanda de esos países del Pacífico.

Nuestra querrela es con el enemigo principal de esta tierra común americana. Y no podemos dejar de combatir a quienes la traicionan en servicio del opresor y para servirlo instauran contra sus pueblos regímenes que, pese a la mucha sangre que tienen acumulada, no perdurarán. La estrategia para esta larga batalla es complicada, pues los países subdesarrollados de Asia, Africa y América Latina —como bien lo precisa el Estudio— no siempre coinciden en sus intereses inmediatos, y el enemigo se

aprovecha de esa divergencia, que conduce a tácticas contradictorias, para administrar con sabiduría su mayor poder de negociación.

Por ello, es imperativo que los países latinoamericanos dispuestos a conquistar su derecho al desarrollo, que será el único modo de lograrlo, coordinen y programen sus acciones.

Ahora que el señor Nixon nos amenaza con provocarnos una crisis aún más grave al lanzar a los mercados los excedentes metálicos de Estados Unidos como una manera, cómoda para ellos pero intolerable para los países en desarrollo, de reducir el déficit en la balanza de pagos que produjeron a la economía norteamericana la repudiada agresión a Viet-Nam y otras aventuras internacionales no menos vituperables, es preciso que Latinoamérica encuentre los modos de asociarse cada día más para su defensa con los países de Asia y Africa, como ha empezado a hacerlo en la CIPEC y la OPEC.

Que el concierto latinoamericano es posible nos lo demuestra el consenso logrado por nuestros expertos gubernamentales en la fase preparatoria del documento que discutiremos. La América Latina ha logrado un acuerdo que los Estados Unidos consideran inaceptable para ellos. Así debe ser y así continuará siendo si queremos rescatar, con nuestras riquezas, la soberanía total. Algunos veteranos de estas reuniones internacionales me han reprochado el que no apareciera esta vez en mi discurso del sábado la pequeña Alicia, tan candorosa en su país de maravillas. Estimulado por esas nostalgias, he recordado un episodio que nos ayuda a comprender la nueva situación de los delegados de Estados Unidos. Se recordará cómo al expresar Alicia su asombro porque en aquella tierra singular se llamara "lecciones" a ciertas prédicas poco aleccionadoras, encontró esta respuesta: "We call them lessons because they lessen" ("Les llamamos lecciones porque disminuyen").

El juego de palabras es intraducible, pero su sentido encaja perfectamente en nuestro caso. Nos alegra que las lecciones tan poco aleccionadoras que durante décadas nos impusieron los Estados Unidos disminuyan hasta desaparecer. Nuestra acción unida, ha de lograrlo.

Cuba incita a esta acción necesaria, y no fallará en ella. Nadie podrá exigirnos que, para tomar parte en esa contienda, renunciemos a nuestro derecho de analizar la situación latinoamericana con fidelidad a las causas populares. Si la veracidad de nuestros enfoques disgusta a quienes no se han puesto aún a la altura de los requerimientos de sus propios países, culpa será de su retraso y no de nuestro diagnóstico. En todo caso, mientras no haya una América popular y socialista, como lo de-

seamos, deberemos trabajar asociados sistemas política y socialmente disímiles. Pero esa denominada "pluralidad ideológica", ni puede significar para Cuba convivencia con tiranuelos que renuevan a más de un siglo las "haciendas espantadas" de que habló Martí, ni nos obliga, a pesar de alianzas a que los requerimientos históricos puedan conducirnos, a la coexistencia ideológica, dando la espalda a pueblos que han visto en la Revolución Cubana una imagen de su porvenir.

La América Latina, que aspira al desarrollo, necesita unirse, y puede contar para ello con la Cuba socialista. La misma pasión que ponemos en el desdén y denuncia de los serviles que venden pedazos de América, la ponemos y pondremos en el trabajo con quienes quieran defender su tierra y nuestras tierras.

Esa es la posición de Cuba en esta hora americana.



Permítaseme ahora, Señor Presidente, aunque sea del modo más somero, trasladar a la reunión las experiencias de Cuba en cuanto a su estrategia de desarrollo.

Esa estrategia, bien se sabe, sólo pudo adoptarse cuando el pueblo cubano, con el liderazgo de Fidel Castro, destruyó la dominación neocolonial que Estados Unidos y sus monopolios habían impuesto a Cuba y que deformara y estancara nuestra economía en toda la primera mitad del siglo.

Cuba realizó, con métodos y profundidad revolucionarios, esos cambios de estructura que el consenso de expertos y el documento de CEPAL nos proponen. Las dos reformas agrarias dejaron en manos privadas sólo las fincas de menos de 67 hectáreas, con un promedio en ellas de 13 hectáreas y una cantidad de pequeños propietarios que se acerca a los 200.000. Se nacionalizaron no tan sólo las empresas extranjeras, sino también la industria, el comercio y el crédito que pasaron en diversas etapas, al poder del pueblo bajo la forma de propiedad estatal.

Ese control de la economía nos ha permitido, con defectos inevitables dada la inexperiencia, planificar la economía nacional de acuerdo con las concepciones estratégicas y las necesidades del país.

Como casi todos los pueblos en que se quiebra el coloniaje, nos propusimos enseguida el salto inmediato hacia una ambiciosa industrialización; pero la experiencia nos permitió comprender que era necesario atravesar antes un corto, aunque intenso período de prioridad a las actividades agropecuarias, que

nos permitiera aprovechar las posibilidades naturales y la tradición productiva de Cuba para lograr —a través de exportaciones de base agrícola— los fondos financieros externos que harían posible acometer la más costosa y compleja base industrializadora.

No es necesario que recuerde aquí cómo ese empeño fue obstaculizado por los antiguos opresores imperialistas. Se cortó el suministro de combustible, se nos cerró el mercado tradicional, se pretendió imponernos un bloqueo internacional y se utilizaron contra Cuba y sus dirigentes la infiltración, el sabotaje, los atentados y, por último, la invasión mercenaria organizada y dirigida por la mayor potencia capitalista de la historia.

Derrotamos todo eso por el coraje del pueblo —identificado con el curso revolucionario—, por la firmeza de la Dirección y la solidaridad internacional que encuentra su más alto signo en la ayuda recibida de la Unión Soviética.

Pero, como ha dicho el Primer Ministro de Cuba, el período inicial no pudo ser —por esa agresión externa— una fase de desarrollo, sino una etapa de supervivencia. Mientras nuestras industrias eran bombardeadas o quemadas y morían obreros con uniforme o sin él, íbamos edificando la infraestructura que de ahora en adelante hará posible que entremos en el desarrollo.

No vamos a repetir hoy las cifras con las que hemos fatigado más de una vez a los integrantes de la Comisión. Se sabe que en esa etapa de supervivencia y construcción casi duplicamos el sistema vial, que existía en 1959; los embalses para riego y otros usos crecieron en 150 veces para llegar a una capacidad de 3.000 millones de metros cúbicos; el sistema de generación eléctrica también se duplicó antes del decenio; una flota mercante invisible apenas, con menos de 50.000 toneladas de peso muerto, pasó a otra de casi medio millón, y la industria pesquera multiplicó en seis veces su captura. Se conocen nuestros trabajos de inseminación artificial y cruces raciales en la ganadería, los que según especialistas del más alto nivel mundial —no sólo de la FAO— compiten con los logros de países que en este campo disfrutaban del superior nivel técnico. Todo eso es lo que pormenorizadamente hemos traído a las reuniones de CEPAL en otras oportunidades. Y cuando en los pasillos se nos preguntaba, ¿cuál era el crecimiento del Producto Bruto, cuánto habían avanzado el Producto Disponible per cápita, siempre replicamos que no nos interesaba CRECER en apariencia para decaer poco después sino crear las condiciones que nos aseguraran para siempre el desarrollo.

Podemos decir ante este XV Período de Sesiones que ya

hemos empezado a lograr crecimientos que expresan ese desarrollo.

Se sabe que la producción azucarera fue severamente reducida por una sequía que afectó toda el área del Caribe. Pese a esa disminución en nuestra principal industria que merma el promedio de la producción bruta material, ésta incrementó en 1972 en más del 10%, lo que determina un aumento per cápita superior al 8% y las disponibilidades consiguientes en el consumo y la inversión. La producción industrial no azucarera fue mayor en un 14% que la de 1972. Pero sería, también para nosotros, engañoso atenernos a esos índices globales. Al mejorar la cosecha de azúcar, por ejemplo, el crecimiento de 1973 podría llegar a más del 15%. Pero esa no es una capacidad SOSTENIDA de crecimiento anual en las actuales circunstancias. La cristalización de nuestros esfuerzos llegará más tarde, sólo en los años finales del próximo quinquenio. Lo que deseamos subrayar ahora son algunos signos de un proceso continuado. No es por ello extraño que la generación eléctrica haya progresado a ritmos anuales superiores al 10%. El salto en la industria de materiales de construcción, que más que duplicó sus capacidades entre 1970 y 1973, dimana de un plan que convierte a las construcciones en el sector más dinámico de estos años, como manera de hacer frente a las necesidades de fábricas, viviendas, escuelas, hospitales, todo lo que nos exige el desarrollo considerado no sólo en su estrecho sentido económico sino en su más importante aspecto social.

Por ello más que referirnos a tasas de crecimiento en la construcción —que fueron de casi un 40% el pasado año— nos interesa explicar cómo durante 1972 sólo para la educación secundaria se entregaron 44 escuelas modernísimas, con capacidad para estudiar y vivir como becarios 22.000 estudiantes, y que en 1973 las instalaciones escolares permitirán acoger a otros 80.000 becarios. Surgen escuelas de semi-internado para primaria que en este año incluirán 11.000 nuevos estudiantes en ellas. Se explica así que mientras en 1958, el año anterior a la construcción revolucionaria, hubiera menos de 800.000 niños en las escuelas primarias, ya en 1972 ingresarán 1.850.000. Representa esto el 98% de escolaridad total, acompañado ahora de importantes avances en la calidad de la enseñanza lo que nos permite trabajar para que los casi 300.000 jóvenes de enseñanza media que hoy tenemos lleguen a ser hacia 1980, unidos a los estudiantes preuniversitarios, un millón de jóvenes entre los 12 y los 19 años. Formarán parte del sistema de integración entre el estudio y el trabajo que constituye una experiencia acreedora ya del examen más allá de nuestro ámbito nacional.

Lo mismo diríamos en el sector de la vivienda. Se nos ha informado que los cálculos modestos arrojan una necesidad de viviendas superior a los 20 millones en América Latina. Cuba no inició su desarrollo con déficit relativos muy distintos. Durante los años iniciales, poco pudimos hacer mientras nos defendíamos para sobrevivir. En cambio ahora —y por ello el crecimiento constructivo va vinculado para nosotros al desarrollo— terminamos durante 1972 15.000 viviendas completas y 22.000 quedaron en proceso, lo que nos permitirá terminar en 1973 otras 25.000. Aspiramos a ritmos de 100.000 viviendas anuales, pero para ello necesitamos ampliar aún más la industria de materiales de construcción. Así, después de haber llevado la producción de cemento de 700.000 toneladas anuales a más de dos millones, hemos contratado plantas para inaugurar entre 1976 y 1977 que producirán más de cinco millones al año.

Crecemos así en el desarrollo.

Si el acopio de leche aumentó en 1972 en un 51% relativamente al quinquenio anterior en ese impulso está ya expresándose el resultado de la inseminación y los cruzamientos científicos que llevan nuestra masa ganadera del improductivo Cebú a un híbrido con Holstein que al extenderse, permite aumentos en el rendimiento por vaca que fueron ya este año del 30%, pero que llegarán a ser varias veces más en el futuro no lejano.

Y aquí también se relaciona el proceso inversionista con el objetivo de un verdadero desarrollo. Para darle asiento material a esa nueva ganadería que exige mejores condiciones ambientales, las viejas vaquerías de troncos de árboles con ordeño manual deben dar paso a nuevas vaquerías de hormigón prefabricado y ordeño mecánico. Sólo en 1972 construimos 228 de ellas con una capacidad de más de 55 mil animales. En 1973 se saltará a 400 vaquerías, 500 en 1974 y 600 en 1975. El ritmo anual con las nuevas producciones de cemento y de cabillas, llegará a ser de 1.000 hacia 1980, y entonces cada año albergarán 250 mil nuevas vacas.

Así vamos entrando en el desarrollo. Y simultáneamente, como resultado de la base material, la alimentación igual para todos los ciudadanos —con la sola preferencia a los niños y jóvenes— y el avance de la salud pública, se ha reducido nuestra mortalidad a un 6 por 1.000 y la mortandad infantil en niños menores de un año bajó a los límites —difíciles de pensar en la América Latina— de 27.4 por cada 1.000 nacidos vivos.

No estamos todavía satisfechos, Señor Presidente y Señores Delegados, pero creemos que hay alguna diferencia entre este proceso y el que refleja ese otro crecimiento engañoso preñado de desigualdades que alimenta el rencor, promueve el odio

de clases y presagia la Revolución.

En nuestras ciudades no hay tantos automóviles de último modelo, como en ciertas capitales de América Latina. El lujo de los balnearios no aparece en Cuba, porque allí descansa un pueblo trabajador. Pero no se verán en toda la isla niños descalzos mendigando ni desempleados que imploran trabajo. Los 100.000 televisores que distribuimos anualmente van hacia hogares de obreros seleccionados de entre sus compañeros de trabajo. Se trata, es cierto, de un racionamiento, a ello nos obligan todavía la diferencia entre los bienes que podemos ofrecer y la capacidad del pueblo para comprar; pero creo que habría muchos trabajadores felices en otras partes de esta América si pudieran participar en un racionamiento como éste.

Pero si el ritmo del desarrollo nos deja insatisfechos, la forma de realizarlo nos complace. Mientras el conjunto de América Latina se debate en dificultades internas y externas que amenazan con aplazar en más de un siglo ese objetivo, Cuba adelanta con seguridad. Dos son las razones esenciales: hicimos una Revolución y encontramos relaciones externas que propician el tránsito del atraso al progreso.

La Revolución nos ha dado algo más que el dominio del poder político y el mando de la economía. Nos dio eso a que antes aludimos: un pueblo que sabe ya que trabaja para sí mismo, para sus descendientes y para su patria. No habrían sido posible las enormes, impresionantes, movilizaciones hacia el inhumano sistema de corte manual de caña, ni hacia las siembras en masa ni hacia la reconstrucción de lo devastado por ciclones, si no se supiera que aquel esfuerzo no iba a hacerse para beneficio de aristocracias y burguesías dilapidadoras o políticos duchos en la malversación. La misma construcción de viviendas se ha realizado en gran medida por trabajadores que salen de las fábricas sin experiencia constructiva y van en el sistema de "microbrigadas" a dedicarse a una tarea más dura que aquella a la que están habituados, mientras su puesto de trabajo vacío se suple con el esfuerzo adicional de sus compañeros de fábrica. Construyen para sí y para los que quedaron en su actividad.

Con esos sacrificios físicos y las privaciones temporales de bienes de consumo, que nos permitieron llevar la acumulación a cifras tensas, es como se ha realizado el esfuerzo inicial. Pero sabemos que nuestro pueblo no se queja de ese excedente de sacrificio porque está seguro de las metas y de los principios que las animan. Por ello, los que habían abandonado ya la perspectiva de invasiones militares y sabotajes estériles, pero confiaban todavía en el posible efecto de una falta de eficacia eco-

nómica, perdieron la última esperanza en aquel inolvidable 26 de Julio de 1970 al escuchar en la distancia de su exilio traidor cómo, aún cuando no habíamos alcanzado las audaces metas, respondía nuestro pueblo a las palabras con que Fidel Castro asumía en nombre de toda la Dirección la responsabilidad por la falla en el compromiso de los 10 millones.

Pero hemos tenido además, y debemos reconocerlo, un distinto entorno económico del que ahoga a la América Latina. Al liberarnos de la metrópoli imperialista nuestras exportaciones y financiamientos empezaron a depender del campo socialista. Los eruditos a la violeta mirando los porcentajes comentan que sólo hemos cambiado de metrópolis pero ocultan que, mientras el centro imperialista norteamericana se valía de nuestras ataduras comerciales y de la manipulación del crédito para expoliarnos, condenarnos al retraso agrícola y dejar cualquier proceso industrial, los países socialistas —y la Unión Soviética como nuestro aliado principal— hacen el comercio con Cuba un vehículo para traspasarnos toda la técnica posible en el esfuerzo de modernización de la agricultura y el crecimiento de la industria.

A América Latina le faltan mercados; Cuba tiene los suyos firmes, seguros y crecientes, América Latina no sabe cómo ha de pagar las deudas que se le acumulan y la que se considera su potencia mayor tiene endeudamientos por más de 8.000 millones de dólares que convierten sus aparentes reservas monetarias en un mero respaldo teórico. Ese endeudamiento, como en el caso de Chile, sirve para dificultar cualquier intento de liberación y mucho más todo esfuerzo de transformaciones sociales.

Cuba también tiene deudas, pero el 23 de Diciembre de 1972 los primeros dirigentes de Cuba y la Unión Soviética, firmaron un conjunto de convenios que, como lo ha dicho el compañero Fidel Castro, constituyen un ejemplo histórico para las relaciones entre los países. Además de conceder un crédito con destino a nuevas empresas industriales, energía eléctrica, reformas portuarias, modernización del sistema ferroviario, etc., por 300 millones de rublos en los próximos tres años, la Unión Soviética ha aplazado las deudas acumuladas en este período inicial eliminando el cobro de intereses y trasladando el inicio de los nuevos pagos hasta Enero de 1986. Además, el precio del azúcar fue incrementado espontáneamente hasta 200 rublos por tonelada, lo que equivale a casi 11 centavos la libra de azúcar.

Puede con facilidad apreciarse el contraste.

El desarrollo del que nos sentimos seguros es pues el resumen de un conjunto de procesos que arranca en la Revolución

liberadora y se prolonga en el socialismo.

La América Latina, en el contexto internacional en que para la mayor parte de los países la sitúan los regímenes que en ella prevalecen, no puede esperar opciones que están vinculadas en el caso cubano a un enclave revolucionario bien definido.

Como tenemos fe en la América nuestra, estamos seguros de que con esos países hermanos hemos de encontrarnos en ese mismo rumbo. Pero no es ésta la hora de discutir lo que se hará cuando se venza al enemigo si no la de juntarse para derrotarlo.

A Cuba no se le puede invitar para el convite de los que quieren sentar otra vez en nuestra mesa americana a un Presidente yanqui y discutir con él cómo el Norte —que sigue amenazando con arrasar a la Indochina— va a ayudarnos a mitigar la miseria que él mismo ha fomentado. Cuba, en cambio, estará junto a los que quieran participar en la faena grande de la liberación americana. Muchas gracias, Señor Presidente.

